

Concurso para la ampliación y remodelación del Museo del Prado

SELECCIONADO

Arquitectos: Dionisio Hernández Gil y Rafael Olalquiaga Soriano

En la elaboración de nuestra propuesta hemos sido conscientes de la gravedad que tiene actuar en un entorno en el que se hace sentir el aura de una construcción tan significativa como el Museo del Prado y por ello proponemos modificaciones mínimas, tanto del Museo como del entorno del edificio de Villanueva.

Pensamos que, en contra de lo que proponían las bases, no debe construirse nada adosado a la fachada posterior del edificio de Villanueva para no persistir en el error de las sucesivas ampliaciones. También es crucial, a nuestro entender, mantener el vacío que existe alrededor del Claustro de los Jerónimos y no transformar este espacio en ciudad, perdiendo así los atributos históricos que aún conserva, y que se deben potenciar mediante la adecuada restauración y una decidida incorporación a la escena urbana.

Las líneas generales del proyecto las podemos resumir en los siguientes apartados:

Recuperar la cota del terreno natural que tenía el proyecto de Villanueva, desde la cual se accedía al hoy llamado Pabellón de Goya, respetando la escalera y las puertas que construyó Muguruza en 1945, a través de las que hacemos la conexión del nuevo edificio. La recuperación de la cota original permite construir debajo el gran vestíbulo de acceso y acogida de grupos y comunicar desde él con el resto de las dependencias solicitadas en el programa.

A partir de este vestíbulo, situado en el eje norte-sur de la galería de Villanueva, se proyecta perpendicular a éste, un eje este-oeste ocupado por una galería para exposición de esculturas, artes decorativas, numismática y medallística, de proporciones, longitud e iluminación cenital, similares a las galerías y que finaliza en el Casón del Buen Retiro, uniendo de esta forma los dos edificios que hoy forman el Museo del Prado. Esta galería discurre bajo la calle Felipe IV, que sería peatonal y con tráfico limitado al servicio de la Real Academia.

Aprovechando la diferencia de cota existente entre las calles de Ruiz de Alarcón y Felipe IV con relación a la rasante de la fachada posterior del Museo, se propone un edificio de cuatro plantas, en ele, con fachadas

a mediodía y poniente, que albergará todas las dependencias destinadas al personal del Museo, la cafetería y la sala de exposiciones temporales.

En el ámbito definido por la fachada posterior del Museo y el edificio que proponemos en el apartado anterior, se crea un jardín cuya traza sigue la geometría del Botánico tan ligado a la historia del Museo, y cuyo objetivo es crear un vacío espacial como habitación urbana para el encuentro social y de disfrute de las fachadas de Villanueva, actualmente ocultas por los pabellones construidos por Arbós en 1914 y cuya demolición proponemos.

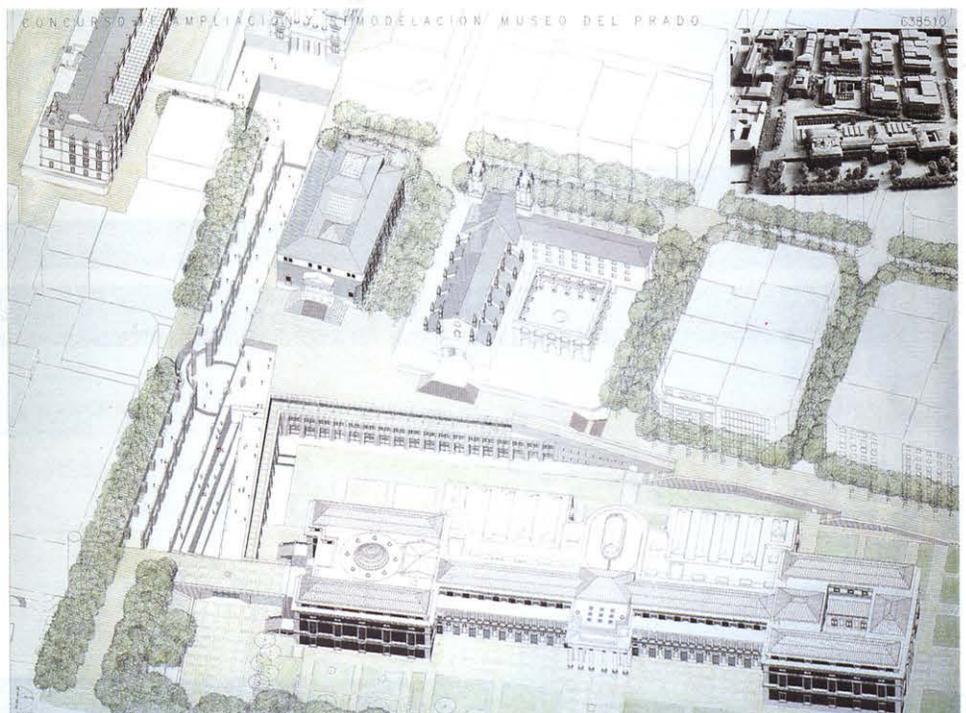
Con relación al Museo del Ejército, se propone su conexión desde la galería de esculturas que comunica con el Casón, y la reconstrucción de la disposición de las pinturas en el Salón de los Reinos en el siglo XVII.

Por todo ello, la solución es semisubterránea, ocupando el terreno que desmontó Jareño para dar a la fachada Norte una altura superior al resto del edificio y conseguir así las proporciones reverenciales que necesitaba la función sacralizada de Museo en el siglo XIX. En esencia, la propuesta consiste en cubrir la barrera que alrededor de

ésta fachada excavó Jareño, y que no ha servido sino para aislar el edificio de Villanueva de su entorno natural, y para crear un minúsculo aparcamiento empobrecedor del conjunto, y un acceso inferior cuyo aprovechamiento actual es bastante dudoso. La solución no supera en ningún punto la rasante de la calle Felipe IV.

De esta forma, es posible ampliar el Museo, recuperando la imagen de la fachada norte que concibió Villanueva. Es posible también acceder a nivel del Paseo del Prado, como buscó Jareño, y nos legó Muguruza. Es posible conseguir un acceso para el gran público y un gran espacio de acogida, complementado con opciones de menor presión en las puertas de Vélazquez y Murillo, para visitas de protocolo y determinadas celebraciones. Es posible alcanzar un esquema futuro, análogo al de los grandes museos más dotados, y acabar con las carencias e insuficiencias funcionales actuales. Es posible, por último, realizar las obras sin que ello represente el cierre del museo ni se altere el funcionamiento interno de la institución.

Todo ello sin tocar físicamente las fábricas ideadas por Villanueva y creando un edificio independiente, aunque conectado, que lo



antecede, edificio que es subterráneo en su enlace con el Casón, en la galería de esculturas, en las salas de conferencias y en todos aquellos espacios que se pueden resolver con iluminación cenital o artificial. Y es exterior en la sala de exposiciones temporales, cafetería, espacio de acogida y en todas aquellas dependencias donde se realizan trabajos intelectuales o manuales por los empleados del museo. Este edificio exterior se implanta en el ángulo formado por las calles Felipe IV y Ruiz de Alarcón, en el lugar que ahora ocupa el talud ajardinado, reordenando el ámbito exterior trasero del museo con una trama similar a la del Jardín Botánico, íntimamente ligado a su historia.

Nuestra propuesta enlaza con la corriente del Minimalismo, que busca provocar la máxima emoción y expresividad con el mínimo de recursos. El aprovechamiento de la expresión propia de las texturas de los distintos materiales y su tratamiento puede proporcionar emociones superiores a las de una arquitectura de diseño, competitiva con la existente. Hemos huido tanto del recurso de continuidad estilística, basada en el automatismo compositivo de los elementos canonizados por la historia, como de un

criticismo arquitectónico de confrontación formal con lo construido.

El edificio que proponemos debe aparecer más un muro de contención, dentro del paisaje consolidado que es el barrio de los Jerónimos, que un nuevo edificio. Buscamos provocar la máxima emoción con el mínimo de recursos aprovechando la expresión propia de tres materiales eternos: la piedra, el bronce y el vidrio.

Las previsiones de espacio proyectadas nos permiten cumplir el programa con el dimensionamiento solicitado sin necesidad de ocupar el claustro de los Jerónimos.

El Casón del Buen Retiro se destina exclusivamente a la pintura del siglo XIX, y la escultura del XIX bajará a la gran sala cuadrada que conecta con la galería de esculturas, que al mismo tiempo sirve para enlazar el Casón con el Prado. En el actual Museo del Ejército, como indicamos en la primera fase del concurso, proponemos su reconstitución arquitectónica y la recolocación de las pinturas en el Salón de Reinos, si los militares se deciden a cederlo. Los 5.000 m² de exposición permanente que se ganan en el edificio de Villanueva se podrían utilizar para escuela española exclusivamente. La pintura

flamenca, holandesa e italiana, permanecerán donde han estado siempre, pero siendo valoradas y potenciadas en su exposición gracias al esponjamiento conseguido de los espacios positivos.

En la proyectada galería de esculturas, con una superficie de 2.500 m², se pueden instalar holgadamente 250 piezas. Se iniciaría con los retratos griegos y los bustos de emperadores romanos; en la rotonda se instalarían Ariadna y las musas, para terminar, antes de entrar en la plaza cuadrada del Casón, con la colección del Marqués de Carpio, y ya en la gran plaza, la escultura del XIX. Los 1.000 m² de la entreplanta son insuficientes para albergar todas las colecciones de numismática, medallística y artes decorativas que el Prado posee. La sala de exposiciones temporales con 1.900 m² permite atender la oferta de grandes exhibiciones sin necesidad de desmontar salas de la colección permanente como ahora sucede.

Por último, debemos decir que hemos tratado de solucionar nuestra propuesta en los terrenos disponibles del propio Museo, y la comunicación con el Casón en suelo municipal, así como realizar las obras, sin cerrar el Museo ni alterar el funcionamiento de la Institución. ■

